

## ¿COLABORACIONISTAS CATALANES? ANTIFRANQUISMO Y FRANQUISMO EN LA CATALUÑA DE POSGUERRA (1939-1947)<sup>1</sup>

Francesc Vilanova i Vila-Abadal

Sólo con cruzar la frontera que delimitaba el territorio catalán con la República francesa — la región conocida también como Cataluña Norte —, buena parte de los exiliados catalanes — sobre todo los intelectuales y los cuadros técnico-profesionales del catalanismo cultural y político, y naturalmente los dirigentes políticos de la Cataluña republicana — compartía una primera impresión: dejaban a sus espaldas un país ocupado y sometido «al més vil dels règims»<sup>1</sup>, prisionero de unas fuerzas militares y políticas no catalanas, sino españolas y anticatalanistas (aunque en sus filas militaran catalanes de origen). El paisaje era, pues, el reflejo de una catástrofe que nadie sabía si tendría final. Ciertamente, el prestigioso catedrático de Fisiología en la Universidad de Barcelona August Pi i Sunyer, colega y amigo del doctor Juan Negrín, confiaba — e incluso parecía creerlo — en «que la situació actual [no] pugui durar»<sup>2</sup>, pero tampoco era excesivamente optimista.

Una somera lectura de las noticias que circularon por los núcleos de exiliados catalanes en Francia, Gran Bretaña o América durante el primer año de la posguerra y hasta la caída de Francia, en junio de 1940, permite

1. *La vida a Catalunya...*, en “Informacions de Catalunya” (México DF), junio de 1940, n. 1.

2. Archivo Carles Pi i Sunyer-Fundació Carles Pi i Sunyer, Barcelona (en adelante ACPiS-FCPiS), carta de August a Carles Pi i Sunyer, s.l., 20 de agosto de 1939. La correspondencia familiar entre los tres hermanos Pi i Sunyer (August, catedrático expulsado de la Universidad de Barcelona; Carles, exalcalde de Barcelona, ministro de la República y consejero del gobierno catalán; y Santiago, catedrático de Medicina expulsado de la Universidad de Zaragoza), y de éstos con sus parientes en Cataluña o en el exilio, es muy útil para conocer el flujo y el contenido de las informaciones y noticias que circularon en los primeros años de la dictadura franquista entre Cataluña y los núcleos de exiliados.

observar que las conexiones a los dos lados de la frontera eran tan escasas y precarias que era extraordinariamente difícil conseguir una imagen exacta o más o menos precisa de lo que estaba sucediendo realmente «allà baix», en el interior. Se habían conocido con cierta puntualidad las noticias de las ejecuciones del escritor catalanista y católico Carles Rahola y del también escritor Domènec Perramon, entre otras víctimas de la primera oleada. Pero también se dio por ejecutado al doctor Jordi Rubió i Balaguer, fundador y primer director de la Biblioteca de Catalunya, profesor en la Universidad de Barcelona, ahora depurado y expulsado de ambos lugares (y refugiado laboralmente en una editorial privada)<sup>3</sup>. No era un problema de falta de noticias, sino de su fiabilidad. Mercedes Cuberta, esposa del doctor Santiago Pi i Sunyer, explicaba que «se saben moltes coses perquè passa molta gent», pero eso no era garantía de exactitud: «Crec, això sí, que la gent viu amb molt de terror. Diuen la gent que a Girona els fusillen de tres o quatre cents quan ho fan. Els d'esquerra els agafen a tots i els hi posen 12 anys de presidi...»<sup>4</sup>. La frontera catalano-francesa era zona militar restringida y de alta seguridad. La censura postal, también en manos militare, se ensañaba con la correspondencia privada<sup>5</sup>. Pero, por encima de las terribles adversidades que padecían los miles de refugiados republicanos, sobrevolaba un sentimiento general de perplejidad y desorientación, de falta de directrices claras y estrategias de futuro. Primero era la supervivencia inmediata, salir de los campos y los centros de refugiados, decidir qué hacer — en términos personales y familiares, pero también profesionales — y ya vendrían después los análisis más pausados sobre lo ocurrido y lo que estaba ocurriendo en la Cataluña franquista.

A partir de la segunda mitad de 1940, tras la caída de Francia y la primera organización de los núcleos de exiliados catalanes en América, las revistas y publicaciones periódicas antifranquistas empezaron, muy lentamente, a informar de lo que ocurría en el interior, más allá de las meras noticias sobre la represión y sus víctimas. El primer argumento que destacó fue la voluntad de identificar a los hombres — políticos y culturales — del nuevo régimen en Cataluña, «des gens abominables et plusieurs autres qui

3. ACPiS-FCiPS, carta de Santiago a Carles Pi i Sunyer, Amélie-les-Bains (Els Banys d'Arles), 3 de julio de 1939.

4. ACPiS-FCPiS, carta de Mercedes a Carmen Cuberta, Amélie-les-Bains (Els Banys d'Arles), 29 de mayo de 1939.

5. Mercè Pi i Sunyer lo contaba con gran exactitud a sus primos, exiliados en Londres, en marzo de 1939, en vísperas de su regreso a España: «...aquesta és l'última carta meva que rebreu sense ficció ni hipocresia. Després tindran d'ésser pensades, perquè alguna frase no traïxi, sentint-se molt encantat de tot, amb força sabó per el caudillo, i en el correctísim llenguatge cerventí...»: ACPiS-FCPiS, carta de M. Mercè Pi i Sunyer a la família Pi-Sunyer Cuberta en Londres, San Juan de Luz, 3 de marzo de 1939.

ne sont interessants»<sup>6</sup>, según la descripción del doctor August Pi i Sunyer desde Caracas. Los primeros nombres que aparecerían en la literatura anti-franquista del exilio tenían un denominador común: eran personajes políticos y culturales provenientes del catalanismo conservador, fuese directamente de la Lliga o de su área de influencia<sup>7</sup>. Eran Ferran/Fernando Valls Taberner, historiador, catedrático en la Universidad de Barcelona (UB), y ahora, en 1939, uno de los hombres fuertes — muy fuertes — del aparato cultural franquista en Barcelona<sup>8</sup>; Josep M./José M. Trias de Bes, catedrático de Derecho Internacional en la UB y miembro de la comisión que, en Burgos, dictaminó acerca de la ilegitimidad de los poderes republicanos; Ignasi/Ignacio Agustí, poeta y periodista en medios catalanistas antes de 1936, convertido en director del semanario más importante de la posguerra catalana: “Destino. Política de Unidad”, y uno de los intelectuales más influyentes del franquismo catalán; Carles/Carlos Sentís, periodista también formado en el catalanismo, espía franquista durante la guerra y convertido en hábil negociador e intermediario entre el mundo político franquista en Madrid y sus colegas de la prensa en Barcelona (básicamente, la gente de “Destino”); Martí/Martín de Riquer<sup>9</sup>, excombatiente del Tercio de

6. ACPiS-FCPiS, carta de Agust a Carles Pi i Sunyer, Caracas, 10 de noviembre de 1939.

7. *La vida a Catalunya...*, cit.

8. Terminada la guerra y antes de su temprana muerte, en 1942, Valls Taberner acumuló algunos de los principales cargos culturales y académicos del nuevo mapa franquista catalán: catedrático de Historia Universal en la UB, director del Archivo de la Corona de Aragón, miembro de la junta directiva del Ateneo barcelonés, presidente de la Real Academia de Buenas Letras, responsable de la Delegación del CSIC (Centro Superior de Investigaciones Científicas) en Cataluña, miembro del patronato del Instituto Español de Estudios Mediterráneos, etc.

9. La traducción de los nombres propios (Ferran/Fernando Valls Taberner, Ignasi/Ignacio Agustí, Josep M./José M. Tallada, Josep M./José M. Junoy, Pere/Pedro Font Puig, Josep/José Pla, Carles/Carlos Sentís, etc.) tiene dos aspectos interrelacionados: la obligación franquista, por la que la lengua catalana quedaba proscrita del ámbito público; y la voluntad individual. Traducir el nombre y continuar escribiendo en los medios, aceptando este tipo de imposiciones, era una manifestación clara del compromiso adquirido con el proyecto franquista y la aceptación del proceso de nacionalización española que le acompañaba. La conocida anécdota del encuentro entre Manuel Reventós i Bordoy i Ferran/Fernando Valls Taberner debe leerse en este contexto de «reconversiones biográficas» de antiguos catalanistas (políticos y culturales) a la nueva realidad: «...un dia vaig sentir com el pare explicava a la mare que s'havia trobat amb en Ferran V. i T. pel carrer: “¡Hola, Ferran!” li havia dit el pare tot disposant-se a abraçar-lo. L'altre l'havia deturat amb un gest glacial: “Me llamo Fernando”»: J. i J. Reventós, *Dos infants i la guerra. Records de 1936-1939*, Barcelona, Club Editor, 1978, p. 206. En algunos casos, el lector encontrará que he respetado el nombre en catalán; se debe a una cuestión de comodidad y de costumbre. Lo correcto, históricamente, sería su traducción al castellano.

Nuestra Señora de Montserrat, futuro catedrático de Filología y Literatura Románicas y jefe provincial de Propaganda de Barcelona entre 1940 y 1942<sup>10</sup>. La elección de los primeros nombres aparecidos demostraba un cierto conocimiento, por parte de los informantes, de las aventuras de estos personajes en la zona rebelde durante la Guerra civil y, en los casos de Agustí y de Riquer, que se conocía la existencia y los contenidos de una publicación nacida bajo el paraguas de Falange e impulsada por catalanes falangistas — o no falangistas —, que llevaba por nombre “Destino. Política de Unidad”.

En las primeras crónicas publicadas en el exilio, y al lado de las referencias acerca de la represión política, las ejecuciones, etc., las informaciones tenían como objetivo explicar quiénes eran los nuevos amos del país, pero también qué había ocurrido con su gente: el popularísimo escritor Josep M. Folch i Torres — pieza clave de la literatura infantil y juvenil del primer tercio de siglo — había acordado con la Editorial Baguñá publicar una versión española de la revista infantil “Patufet”, ahora con el título “Manejo de cuentos”, mientras que sus compañeros y amigos Junceda y Opisso, dos ilustradores y dibujantes de primera categoría, exponían su obra bajo el patrocinio falangista<sup>11</sup>. Ferran Valls Taberner publicaba *Reafirmación espiritual de España* — que incluía su artículo de referencia,

10. En estos últimos años, la mayoría de estos personajes del primer franquismo catalán han gozado de una cierta atención historiográfica y bibliográfica, aunque todavía queda mucho camino por recorrer. De algunos de los citados, hay monografías ya publicadas o en curso: J.M. Mas Solench, *Ferran Valls i Taberner. Jurista, historiador i polític*, Barcelona, Proa, 2002; S. Doria, *Ignasi Agustí, el árbol y la ceniza*, Barcelona, Destino, 2013; F. Vilanova, *Fer-se franquista. Guerra civil i postguerra del periodista Carles Sentís (1936-1946)*, Mallorca, Lleonard Muntaner, 2014; C. Gatell i G. Soler, *Martí de Riquer. Viure la literatura*, Barcelona, RBA, 2008. De carácter más general, pero con cierta atención a algunos de estos personajes en estos años: F. Vilanova, *Una burgesia sense ànima. El franquisme i la traïció catalana*, Barcelona, Empúries, 2010; A. Dowling, *La reconstrucció nacional de Catalunya, 1939-2012*, Barcelona, Pasado & Presente, 2013; C. Santacana (dir.), *Entre el malson i l'oblit. L'impacte del franquisme en la cultura a Catalunya i les Balears (1939-1960)*, Barcelona-Catarroja, Afers, 2013.

11. *La vida a Catalunya...*, en “Informacions de Catalunya” (México DF), julio de 1940, n. 2. Josep M. Folch i Torres y dibujantes como Junceda y Opisso (y otros no mencionados en la crónica) fueron elementos fundamentales en la consolidación del catalanismo cultural del primer tercio del siglo XX. Sus publicaciones infantiles y juveniles (revistas como “Patufet”, novelas, cuentos, etc.), la mayoría ilustradas, fueron herramientas de catalanización imprescindibles entre las clases populares rurales y urbanas de Cataluña. Que el semanario “Patufet” reapareciese en castellano como “Manejo de cuentos” sugería una de las imágenes más trágicas de la derrota y la sumisión de ciertos elementos culturales — políticamente moderados o conservadores — a la nueva situación franquista. Una visión global imprescindible en E. Pérez Vallverdú, *Josep M. Folch i Torres (1880-1950): des del Modernisme a la literatura de consum*, tesis doctoral, Barcelona, UAB, 2010.

*La falsa ruta*, de febrero de 1939 — y los carlistas se quejaban de que no hablaba de su contribución a la Cruzada<sup>12</sup>.

En otro medio del exilio catalán en México, “El Poble Català”, se informaba «de la mena de cultura que ara volen infiltrar a Catalunya»<sup>13</sup>. Es decir, quien dominaba el panorama cultural — instituciones, conferencias, centros académicos, etc. —, básicamente en Barcelona, llenando el vacío creado por la represión franquista y el exilio o el silencio forzados de los principales intelectuales catalanes en activo antes de enero de 1939. La lista de conferencias y conferenciantes que ofrecía el cronista anónimo era bastante impresionante: estaba Ferran/Fernando Valls Taberner, exaltando las virtudes del «Imperio Español». También se citaba a un personaje bastante curioso, René — o Renato, a partir de 1939 — Llanas de Niubó, un conocido conferenciante de Derecha de Cataluña — el partido de la extrema derecha alfonsina de los años republicanos —, que había conseguido situarse como profesor de la llamada Escuela Social, un centro público dedicado, sobre todo, al estudio del corporativismo y otras teorías sociales de los fascismos europeos<sup>14</sup>. En la relación de estos nuevos «agentes culturales» también aparecían profesionales de amplia proyección pública: era el caso del arquitecto Buenaventura Bassegoda, gran divulgador de la obra de Antoni Gaudí y acérrimo enemigo de los arquitectos modernos del GATPAC (Grup d'Artistes i Tècnics Catalans per la Progrés de l'Arquitectura Contemporània), encabezados por Josep Lluís Sert, Germà Rodríguez Arias, etc.<sup>15</sup>. Y, cerrando en cierto modo la relación, aparecía el nombre de Luys Santa Marina — Luis Gutiérrez Santamarina era el nombre correcto —, el falangista catalán por antonomasia: consejero nacional de FET y de las JONS, “camisa vieja” legendario, director del periódico falangista de Barcelona “Solidaridad Nacional”, poeta, presidente del nuevo Ateneo Barcelonés, etc.<sup>16</sup>. A partir de estos nombres y sus actividades, los exiliados catalanes ya podían hacerse una primera idea de las dimensiones del proceso de represión y suplantación cultural y lingüística que el

12. Ferran Valls Taberner ha publicat un llibre sobre la «reafirmación espiritual de España», en “Informacions de Catalunya” (México DF), julio de 1940, n. 2.

13. *La cultura de l'«Imperio» i Més cultura «imperialista»*, en “El Poble Català” (México DF), octubre de 1941, n. 1.

14. La Escuela Social, con sede en Barcelona, estaba dirigida por Antonio Aunós, hermano del diplomático y ministro de Franco, Eduardo, y en ella se desarrollaron numerosos cursos, charlas, conferencias, etc., sobre los aspectos sociales y laborales de los fascismos europeos y, particularmente, del proyecto franquista.

15. B. Bassegoda, *En los marjales de la arquitectura roja*, en “Destino. Política de Unidad”, 24 de junio de 1939, n. 101 [segunda época].

16. J.M. Thomàs le dedica unas páginas magníficas: *Feixistes! Viatge a l'interior del falangisme català*, Barcelona, L'Esfera dels Llibres, 2008.

franquismo estaba llevando a cabo en Cataluña, y quienes eran algunos de los protagonistas, catalanes o no, de dicho proceso<sup>17</sup>.

De hecho, estas primeras crónicas de 1940 y 1941 señalaron una pauta imprescindible para los años siguientes: la denuncia de los traidores a Cataluña y los cómplices y servidores de la dictadura en el programa represivo — político y cultural, sobre todo cultural — que se estaba aplicando al país.

Era una especie de presentación a la colectividad exiliada de «nuestros traidores», catalanes, y antiguos catalanistas, pasados al enemigo fascista y españolista que ahora dominaban la situación bajo el gobierno de los traidores españoles — civiles, militares y eclesiásticos — a la Segunda República. Y de la constatación de esta realidad se desprendían análisis durísimos, que abarcaban la guerra, la revolución y la represión franquista:

Totes les notícies que tenim coincideixen en mostrar la situació com a pèssima; molt pitjor, encara, a la d'uns mesos endarrere. No és solament el desgavell econòmic i la penúria d'alimentació que continuen; és que encara es viu en un clima de guerra civil frenètica, les presons estan abarrotades i segueix en forma incompreensible la repressió cruenta. [...] Aquesta continuació de la guerra civil, un any després d'acabada, representa per mi la senyal més clara de qui va provocar-la i qui en té la responsabilitat. Si ara, quan poden, no l'acaben, són ells que demostrin — per damunt de les proves històriques, també irrefutables — que era la seva intolerància fanàtica la que estava sedejant [per assedegada] de guerra civil. [...] Encara que hi pogués tornar, i amb completa dignitat, t'asseguro que em costaria molt d'esforç i una profunda repugnància el tornar a tractar amb tants amics i coneguts, dels quals [en] tenia bon concepte, i que han recolzat i troben bé aquestes coses. Són ells que ens han declarat la guerra; són ells els que — sense voler-ho nosaltres — ens fan néixer sentiments de guerra civil<sup>18</sup>.

17. Sobre el complejo proceso de represión y suplantación lingüística y cultural de los años Cuarenta, pueden consultarse: J. Samsó, *La cultura catalana: entre la clandestinitat i la represa pública (1939-1951)*, 2 voll., Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994; M. J. Gallofré i Virgili, *L'edició catalana i la censura franquista (1939-1951)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991; O. Gassol i Bellet (ed.), *Postguerra. Reinventant la tradició literària catalana*, Lleida, Punctum, 2011; J. Castellanos, *Literatura i societat. La construcció d'una cultura nacional*, Barcelona, L'Avenç, 2013.

18. ACPiS-FCPiS, carta de Carles a August Pi i Sunyer, Londres, 25 de enero de 1940. La contestación de su hermano Augusto es impagable: «Mentrestant, per totes les notícies que es reben es veu que la vida a Espanya, i més particularment a Catalunya, és impossible. També era d'esperar que succeís així, manant un conjunt de militars, falangistes i estrangers totalitaris. Per això, quan el beatífic Víctor Rahola es feia unes grans il·lusions a Illa, jo m'indignava. Els militars han patit tot temps del seu complex d'inferioritat i de la rancúnia que això comporta. Ara fan pagar als no militars el seu fracàs de sempre i, encara, en l'inconscient — valga'm Freud! —, el seu fracàs actual; el falangista és avui una barreja de "señorito" de sindicat lliure i de totes les coses impures que suren en els moments tèrbols — les mateixes coses impures dels temps de la FAI —...»: ACPiS-FCPiS, carta de August a Carles Pi i Sunyer, Caracas, 5 de mayo de 1940.

Eran comentarios muy duros para constatar lo que las revistas del exilio empezaban a filtrar con más o menos precisión y que, a partir de 1944, sería un hecho: la Cataluña republicana, catalanista y reformista había tenido sus enemigos en casa, gente conocida, que había hablado y escrito en catalán, había participado en todo tipo de proyectos políticos, culturales, profesionales, vinculados a las diversas opciones catalanistas del primer tercio del siglo XX. Ésta era, quizá, la herida más profunda del exilio, diagnosticada ya en los años 1939-1940 y plenamente contrastada a partir de 1944, cuando, con la experiencia francesa aun viva, «nuestros traidores» asumieron una nueva categoría: la de colaboracionistas de la dictadura en territorio catalán. El dirigente socialista Miquel Ferrer, exiliado en México, los llamaba «els principals col·laboradors del règim franquista»<sup>19</sup>, expresión que culminaba la vieja idea de un sistema político extranjero — la tesis del franquismo como poder político ocupante —, que necesitaba de la ayuda de indígenas para llevar a cabo su implantación forzada en el territorio. Desde esta óptica, muy generalizada en el exilio y en la clandestinidad antifranquistas, no existiría un franquismo catalán original, integrado en el español, sino la colaboración necesaria de «traidores catalanes» con el enemigo exterior.

La expansión de la segunda guerra mundial y, sobre todo, la caída de Francia en junio de 1940 dificultaron enormemente las posibilidades de disponer de información fiable del interior. A título personal, familiar, privado, se preservó una mínima circulación de correspondencia, pero siempre sometida al rigor de la censura franquista, que incluía abrir las cartas para leer el contenido. Habría que esperar un cierto tiempo para que lo que sucedía en Cataluña — fundamentalmente, qué hacían y quiénes eran los franquistas catalanes — adquiriese protagonismo en las publicaciones del exilio.

## 2.

Just Cabot, el temible director del semanario catalán “Mirador” y uno de los hombres de cultura de referencia en Cataluña en el primer tercio del siglo XX y, naturalmente, en el exilio parisino, siempre destacó por la sinceridad y dureza de sus críticas sobre escritores y publicaciones, políticos y gentes con vocación de ser importantes por una razón u otra, la mayoría de las veces de forma absolutamente injustificada. Un día indeterminado del año 1948, en su exilio parisino, tuvo la paciencia, y la tolerancia, de comer con un antiguo subordinado suyo, Carlos Sentís, un periodista forma-

19. M. Ferrer, *Traidors a Catalunya*, en “El Poble Català” (México DF), enero de 1949, n. 3.

do en los medios catalanistas y pasado con armas y bagajes al franquismo en 1936. Sentís estaba en la capital francesa para informar para “La Vanguardia Española” de las sesiones de las Naciones Unidas y, con cierta ingenuidad, creyó que podría salir indemne de una comida con su antiguo jefe en “Mirador”<sup>20</sup>. Just Cabot explicó a su viejo amigo Emili Lluch, residente en Barcelona<sup>21</sup>, que durante el encuentro le expuso a Sentís su opinión «sobre “Destino” i sobre els ‘col·laboracionistes’»:

L’hi vaig dir que ací, en temps de l’ocupació, els col·laboracionistes escrivien en francès i no en l’idioma de l’ocupant, que tampoc t’ho agraeix. Que per un català l’única solució decent era el silenci. Que aquest «cuento» que així es feia catalanisme, molt aigualit però catalanisme al cap i a la fi, era un argument que no s’aguantava dret, i que l’experiència de 1940-44 a França ens ha instruït sobre la ineficàcia del “doble joc”, etc. A l’últim el Sentís em va dir: «Home, m’estranya que siguis tan intransigent». Li vaig fer una contesta que va tallar-li la respiració: «Jo, intransigent? La prova que no en sóc és que mengem junts».

20. Carlos Sentís empezó a ganar fama de periodista con algunos reportajes impactantes en el semanario “Mirador”, dirigido por Just Cabot entre 1932 y 1936. Al cabo de los años, ya en el exilio, Just Cabot recordaba a su viejo amigo Emili Lluch algunos episodios de su relación con el periodista, a raíz de la lectura de uno de sus textos: «L’article del Sentís, dolent com tots els seus. Vaig apreciar la “perla” dels cilindres que es fonen. I també alló que diu de *Las heridas contraídas*: en el meu temps només es contreien malalties, però no ferides. Que no sàpiga de motor, passi si no és del seu ram, però que no sàpiga escriure és imperdonable perquè és de l’ofici. Una vegada un amic seu i meu em va deixar un llibre del tal Sentís, *La Europa que he visto morir*. Vaig demanar permís al propietari per a subratllar en llapis les bestieses, vull dir les bestieses que no es poden cometre amb el *Larousse* a l’abast de la mà i una certa memòria de la gramàtica que va estudiar al batxillerat. Les bestieses que en diríem opinables les vaig deixar córrer. No exagero: cap pàgina no s’escapava almenys d’un subratllat, i moltes en presenten (el meu amic guarda el llibre) més d’un. És clar, els primers articles d’aquest noi van sortir a “Mirador”, on no es publicava res que jo no m’ho mirés ja abans de dar-ho a la linotípia, i la gent es va pensar que el Sentís sabia escriure. Després, quan a “L’Instant” les seves quartilles anaven directament de la seva mà a la impremta, molts ja es van adonar de la diferència» [carta de Just Cabot a Emili Lluch, París, 20 de diciembre de 1948, cit. en V. Soler, *El periodisme silenciado: Just Cabot. Vida i cartes de l’exili (1939-1961)*, Barcelona, Acontravent, 2008, pp. 143-144]. Tres años más tarde, Cabot añadía algunas nuevas precisiones: «Aquest noi va començar a “Mirador”, i en Passarell i pot explicar la cara que feien els originals seus després d’haver-los escrit ell i abans de passar a les mans del linotipista. Després va escriure a “L’Instant”, i en Miquel Capdevila es va quedar tan parat de la diferència entre els articles que n’havia llegit a “Mirador” i els que sortien a “L’Instant” que sense que ningú li ho digués va copsar les raons de la diferència. I després, l’home va fer la guerra, de primer des de París i altres indrets, després des de Cal Franco, i ja me’l tens heroi, influent i considerat...» (carta de Just Cabot a Emili Lluch, París, 18 de julio de 1951, cit. *ivi*, p. 183).

21. Carta de Just Cabot a Emili Lluch, París, 27 de diciembre de 1948, cit. *ivi*, p. 146.



Ante la más que probable perplejidad de Carlos Sentís, a quien el problema de la represión lingüística y la prohibición del uso del catalán por parte de los franquistas no le preocupó nunca, Just Cabot resaltaba un asunto complejo y de largo recorrido, que los antifranquistas del interior (los nacionalistas del Front Nacional de Catalunya, o los jóvenes del Front Universitari de Catalunya) y del exilio discutieron en los meses finales de la guerra mundial en Europa, coincidiendo con la liberación de Francia y la oleada de depuraciones y juicios contra los colaboracionistas.

¿En qué parámetros se movían los análisis comparativos de los antifranquistas catalanes? Naturalmente, el primer pilar del análisis era la experiencia vivida por muchos exiliados en Francia durante la ocupación alemana, fuese en París o en la llamada zona libre de Vichy, y los primeros meses posteriores a la liberación. Entre 1940 y 1944 pudieron leer una infinidad de textos de escritores, periodistas, intelectuales, etc. que apostaban por el nuevo orden de cosas planteado después de la débâcle francesa de junio de 1940: la aceptación de las directrices de la nueva potencia continental alemana, y la colaboración con sus planes y objetivos políticos, militares, económicos... y, naturalmente, intelectuales y culturales. Podía darse la aceptación y colaboración por razones puramente pragmáticas, asumiendo sin más el nuevo orden; o podía darse por convencimiento ideológico y político por la identificación, plena o parcial, con las grandes líneas ideológicas que representaba la Alemania nazi.

Tras la liberación, los exiliados catalanes pudieron contemplar los grandes episodios de las depuraciones, las rendiciones de cuentas — y, naturalmente, las venganzas — hacia los colaboracionistas. Escritores, periodistas, gentes del teatro y del cine, dirigentes políticos e, incluso, algunos empresarios, pasaron por los tribunales y comisiones depuradoras de la Francia libre, con resultados desiguales<sup>22</sup>. La inquietud de estos exiliados

22. Entre la abundante bibliografía sobre la depuración francesa de posguerra, pueden mencionarse: R. Aron, *Histoire de l'épuration*, París, Fayard, 1967-1975; P. Assouline, *L'épuration des intellectuels*, Bruselas, Complex, 1985; P. Novick, *L'épuration française, 1944-1949*, París, Ballard, 1985; H. Rousso, *L'épuration en France: une histoire inachevée*, en "Vingtième siècle. Revue d'histoire", 1992, n. 33; H. Lottman, *La depuración, 1943-1953*, Barcelona, Tusquets, 1998. Dichos textos ofrecen algunos elementos muy sugerentes acerca de la posibilidad de tratar a los franquistas catalanes de los años Cuarenta como colaboracionistas de la dictadura. Por otro lado, permiten un ejercicio intelectual de lo más interesante, y que no se ha realizado nunca: contrastar el análisis histórico del fenómeno colaboracionista con las hipotéticas versiones franquistas de dicho fenómeno. Una breve incursión en la recepción, en la Cataluña franquista, del proceso a Pierre Pucheu en Argel (marzo de 1944) permite pensar que la literatura franquista sobre las depuraciones europeas de posguerra es mucho más interesante y significativa de lo que se sospechaba. Para el caso italiano, mucho menos conocido en Cataluña, véase H. Woller, *I conti con il fascismo. L'epurazione in Italia, 1943-1948*, Bolonia, il Mulino, 1997.

era evidente: si en Cataluña había colaboracionistas del tipo francés — periodistas, escritores, académicos, empresarios y políticos, la mayoría proveniente del mundo regionalista y del catalanismo más o menos moderado —, cuando llegase la hora, ¿también se les podría juzgar y depurar?

Sin embargo, más allá de la inquietud y el convencimiento de los exiliados, de las experiencias vividas y leídas, ¿podía hablarse de un colaboracionismo catalán, en relación a la dictadura franquista y según la terminología y la praxis francesas? Para Just Cabot, no había ninguna duda: cualquier hombre de letras catalán que hubiese abandonado su lengua materna para producir obra y publicar en lengua española, en el contexto franquista y bajo las normas de la censura política, ideológica y literaria, era un colaboracionista. Desde esta óptica, el colaboracionismo cultural y lingüístico era una realidad incuestionable.

Pero el fenómeno era más complejo e iba más allá del territorio señalado por Cabot (aunque también lo englobaba). En una actualización de los estudios e investigaciones sobre la ocupación alemana y sus consecuencias en Francia, el historiador Jean-Pierre Azéma proponía una definición general de quiénes y qué habrían sido los colaboracionistas, una figura que iba más allá y era más compleja que la Colaboración de Estado y sus hombres — es decir, un Pierre Laval, un Pierre Pucheu o un almirante Darland<sup>23</sup>. En primer lugar, señalaba el historiador, existía un factor geográfico nada desdeñable que, naturalmente, era inexistente en Cataluña: buena parte de los colaboracionistas culturales-intelectuales-periodísticos estaban en París, donde tenían como único interlocutor oficial, o casi, a las autoridades ocupantes alemanas (en el ámbito cultural, Otto Abetz y Gerhard Heller). Había pocos colaboracionistas culturales en Vichy, pero, naturalmente, había en otros lugares de Francia<sup>24</sup>.

En segundo lugar, continuaba Azéma, «ils voulaient que la France s'engage a fond — y compris au plain militaire — aux côtés du Reich. Et ils on été de plus en plus influencés par l'idéologie nazi». Y todos ellos participaban de la misma rabia ante los que consideraban sus «enemigos interiores»: «les étrangers installés ou réfugiés en France, les juifs de nationalité française, et *a fortiori* les juifs étrangers ou classés “apatrides”, les communistes, les francs-maçons, enfin les défenseurs du “régime ancien” à savoir la République...».

Naturalmente, la realidad histórica catalana y lo sucedido en los años anteriores, en Cataluña y en el resto de España diferían de la evolución

23. J.-P. Azéma, *Vichy-Paris. Les collaborations*, Bruxelles, André Versaille éditeur, 2012, pp. 7-8. Los historiadores franceses distinguen, muy gráficamente, entre la *Collaboration* de Estado, la *collaboration* y el *collaborationisme*.

24. P. Ory, *Les collaborateurs, 1940-1945*, Paris, Seuil, 1979, especialmente el capítulo 9. Una síntesis actualizada, en J.-P. Azéma, *op. cit.*, pp. 59-60.

francesa. En la península ibérica, la guerra había sido un conflicto civil, interno; el ejército y el poder político vencedores no eran, técnicamente, unas fuerzas de ocupación extranjeras, al menos no para la mayoría de ciudadanos catalanes y según los estándares políticos, históricos, legales, etc., utilizados corrientemente; no existía la dimensión internacional de la guerra europea; no había judíos, aunque sí un muy interesante antisemitismo sin judíos<sup>25</sup>; etc. Sin embargo, algo había que unía experiencias históricas diferentes, pero no muy dispares, más allá de las percepciones personales y las vivencias particulares.

Azéma recogía un conjunto de elementos muy propiamente franceses, pero algunos de ellos eran compartidos por las derechas españolas y catalanas de los primeros años Cuarenta, y por aquí sí que es posible entrar en un análisis comparativo más concreto que permita trazar un dibujo del mundo del colaboracionismo catalán. Sin perder de vista los planteamientos del historiador francés, habría un primer elemento a tener en cuenta: el rechazo radical de la experiencia de la Segunda República y la Cataluña autónoma, reforzado con el argumento de que la Cataluña de 1936 — la que iba de las elecciones de febrero a la sublevación de julio, aunque algunos protagonistas de este colaboracionismo retrocedían hasta octubre de 1934 — ya no era “su” Cataluña o, dicho de otro modo, no era la Cataluña “real”<sup>26</sup>. Personajes clave del “colaboracionismo” catalán — primeras figuras entre «nuestros traidores» — como Ignacio Agustí, Martín de Riquer o Carlos Sentís defendieron siempre este argumento: huyeron de una Cataluña que ya no era la “suya”, de un país secuestrado y maltratado por izquierdistas, revolucionarios y anticlericales. Nunca, en las décadas posteriores a 1939, terminaron por esclarecer cuál era su Cataluña anterior a 1936; sin embargo, sí que asumieron todos que la de 1939, 1950 o 1960 les era especialmente cómoda. A cambio de deshacerse del pasado, se erigieron en la “generación de la guerra”, nacida en 1936, en el momento en que se pasaron a los sublevados: eran miembros de

25. G. Álvarez Chillida, *El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002)*, Madrid, Marcial Pons, 2002; J. Domínguez Arribas, *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista (1936-1945)*, Madrid, Marcial Pons, 2009.

26. El primer Autor en expresarse en estos términos fue el periodista Carlos Sentís, quien reforzó el argumento evocando a Charles Maurras: «Señores, un poco de reflexión: Bueno, sí: “Los últimos días de Cataluña”... la de Durruti... “Las últimas horas de Cataluña”... la de Companys... la de Negrín... ¡Perfecto! Pero Cataluña es algo más y algo más eterno que eso. / Eso no ha sido más que “The End”, el cartelito de “Fin” de esta gigantesca ampliación de “Scarface” o de “El Imperio del Crimen”. / Aquella Cataluña acabó; pero *la Cataluña real*, que diría vuestro y nuestro caro Charles Maurras, hoy, precisamente, empieza a amanecer»: C. Sentís, ¿«Finis Cataloniae»? *El «fin» de una película de «gangsters», simplemente*, “La Vanguardia Española”, 17 de febrero de 1939.

una generación españolísima, porque ha aprendido el país no sólo en los libros sino que lo ha descifrado sobre la corteza dura y áspera de su suelo... Nosotros hemos comido tierra española. Hemos enterrado nuestra cabeza al oír el silbido de la granada y cuando ésta ha estallado hemos llenado nuestros ojos, oídos y boca de tierra española. Estamos saturados de ella, e interpretamos práctica y biológicamente el país<sup>27</sup>.

El rechazo por parte de esta «generación españolísima»<sup>28</sup> a lo sucedido antes de 1936 siguió un recorrido temporalmente paralelo a las acusaciones derechistas francesas contra la III República y el Frente Popular de León Blum, designados como responsables de la débâcle de 1940. En la prensa franquista de los primeros años Cuarenta no eran escasos los textos acerca de los males que compartían las dos repúblicas fracasadas, y obras como la muy acusatoria de Jacques Bainville eran de lectura obligatoria en los ambientes bien informados e intelectuales de la Barcelona franquista<sup>29</sup>.

En Cataluña, además, los publicistas e intelectuales integrados en el primer franquismo, muchos de ellos formados y conocidos públicamente en

27. Palabras de Carlos Sentís en el acto de homenaje que se le dedicó en Madrid, el 30 de enero de 1947: *Homenaje en Madrid a Carlos Sentís*, en "Destino", 8 de febrero 1947, n. 499.

28. Así como Carlos Sentís reivindicaba en positivo y triunfalmente esta generación de gentes «renacidas» en 1936, la imagen de una «generación de la guerra» ha dado pie a todo tipo de relatos y calificativos dramáticos, «comprensivos» y, en muchos casos, autojustificativos: *Memoria de una generación destruida*, de Guillermo Díaz-Plaja (Barcelona, 1966), un personaje que debe a la victoria franquista su proyección profesional e intelectual posterior a 1939, es un texto canónico de este tipo de memorialística. Su libro provocó algunas reacciones interesantes. Santiago Nadal, del mismo perfil político e ideológico que Díaz-Plaja, escribía acerca de «una "generación quemada" y deberíamos recordar continuamente la responsabilidad que incumbe a la generación anterior a la nuestra, en nuestra catástrofe colectiva. [...] seguíamos dócilmente a la generación mayor responsable de su locura colectiva. Y un buen día nos encontramos, fusil en mano, con la obligación sagrada de morir y matar...»: *La juventud y la "generación quemada"*, en "Destino", 28 de mayo de 1966, n. 1503. El catedrático Manuel Jiménez de Parga también hacía inventario: «Generación destruida, generación quemada, generación escéptica...»: *Noticias con acento. Una generación escéptica*, *ivi*, 16 de julio de 1966, n. 1510. A pesar de la experiencia dramática de la guerra, todos estos profesionales, académicos e intelectuales gozaron de fama y prestigio gracias al triunfo de la sublevación franquista y el despliegue de la dictadura en las décadas siguientes. En el recuento de C. Gatell y G. Soler, *Martí de Riquer...*, cit., p. 184, aparecen los adjetivos «astillada», «destruida», «fallida».

29. X. Pla (ed.), *Maurras a Catalunya: elements per a un debat*, Barcelona, Quaderns Crema, 2012, especialmente, los trabajos de F. Montero, *L'Action Française i el Vaticà: el(s) punt(s) de vista de Manuel Brunet* y de J. Amat, *Guerra i política. Usos de Charles Maurras en la premsa franquista*. Para la influencia de Maurras y Bainville entre los autores derechistas catalanes de posguerra, es imprescindible F. Montero, *Manuel Brunet i Solà (1889-1956): el periodisme d'idees al servei de la «veritat personal»*, tesis doctoral, Universitat de Girona, 2011.

los ambientes catalanistas del primer tercio del siglo XX, llevaron a cabo un doble discurso. Por un lado estaba la condena general de los años republicanos, la denuncia de la deriva radical de las fuerzas moderadas, el revolucionarismo y la violencia de las izquierdas, los anarquistas, etc. Pero, en segundo lugar, añadieron un nuevo argumento: la deriva irresponsable del catalanismo político y cultural — desde la moderada y conservadora Lliga Catalana a la casi insurreccional Esquerra Republicana; desde el prestigioso semanario “Mirador” al sarcástico y elegante “El Be Negre” — había facilitado la alianza de separatismo y subversión revolucionaria. En la terminología de la posguerra, «la burguesía del alma huera» catalanista abrió la puerta a la revolución social y a la subversión separatista<sup>30</sup>.

La *tabula rasa* que acompañaba la condena definitiva de la Segunda República y la Cataluña autónoma anunciaba otro fenómeno especialmente impactante en Cataluña: 1939 se presentó como la oportunidad histórica — por parte de los vencedores catalanes de la guerra y naturalmente por parte del poder franquista *tout court* — para denunciar, destruir y suplantar la hegemonía social y cultural del catalanismo en sus diferentes corrientes conservadora, izquierdista, republicana, etc. Este era un conflicto que concernía muy especialmente a los catalanes — a sus cuadros políticos, intelectuales, etc. — más allá de las intenciones globales del proyecto franquista. Visto de otra manera, existía un colaboracionismo catalán incrustado en las filas franquistas que, de forma simultánea, se preparaba para librar una batalla contra el catalanismo político y cultural, representado por los dirigentes políticos de las organizaciones republicanas e izquierdistas y los intelectuales, periodistas, escritores, etc., que habían dominado el mercado cultural y las grandes instituciones de cultura en el primer tercio del siglo XX.

En ese sentido, podríamos encontrar un cierto paralelismo con el caso francés. Por ejemplo, hace ya unos años, el profesor Stanley Hoffmann planteó la posibilidad de analizar la experiencia colaboracionista francesa «du point de vue des relations franco-françaises», más que desde la perspectiva más tradicional de «les relations franco-allemandes dans l’Europe de Hitler»<sup>31</sup>. Para el caso catalán, quizá también podríamos planteárnoslo,

30. Las tesis de la responsabilidad republicana e izquierdista en el fracaso y final violento de la Segunda República, que beben de fuentes directamente franquistas, han sobrevivido hasta el presente, como señala el profesor E. González Calleja en su análisis del fenómeno del «revisionismo académico» (un estadio superior y más inteligente que el «negacionismo neofranquista», según él): *La historiografía sobre la violencia política en la Segunda República española: una reconsideración*, en “Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea”, 2013, n. 11, pp. 403-435. En Cataluña, este revisionismo, no estrictamente académico, vive un cierto auge en medios periodísticos y literarios, teñido de un feroz anticatalanismo. Véase, por ejemplo, S. Doria, *op. cit.*

31. S. Hoffmann, *Essai sur la France. Déclin ou renouveau?*, Paris, Seuil, 1974, pp.

no solamente como la colaboración-traición de unos elementos intelectuales y políticos catalanes, sino también como el principio de una batalla catalano-catalanista, una especie de guerra civil metafórica en la que los «catalanes de Burgos» planteaban una batalla en dos frentes: contra la revolución y los izquierdistas y contra el catalanismo y sus cuadros, incluyendo aquellos elementos burgueses que traicionaron a su clase y a su nación — España — para alimentar un proyecto separatista que abrió las puertas al secesionismo y a la revolución<sup>32</sup>. Ya en los últimos meses de la guerra y en los primeros de la posguerra, esta tesis hizo fortuna y se popularizó, como demuestran los textos de personajes franquistas tan incuestionables como Santiago Nadal, José M. Tallada o el inevitable Ferran Valls Taberner<sup>33</sup>. Nadie lo planteó en estos términos, pero ¿es posible hablar de algún tipo de enfrentamiento civil — político y cultural — en el ámbito catalán, subsumido en la Guerra civil española? Quizá podríamos remitirnos a una versión adaptada de una *Kulturkampf* «a la catalana», en la que las fuerzas

42-43. Este es un texto poco citado en el ámbito bibliográfico del colaboracionismo y la colaboración franceses. Sin embargo, enriquece de forma notable un debate amplio y complejo, en el que destacan los textos clásicos de R. Paxton et al., *La France des années noires*, Paris, Seuil, 1993; J.-P. Azéma y O. Wiewiorka, *Vichy, 1940-1944*, Paris, Perrin, 1997; Ph. Burrin, *La France à l'heure allemande, 1940-1944*, Paris, Seuil, 1995 (trad. esp. *Francia bajo la ocupación nazi, 1940-1944*, Barcelona, Paidós, 2004). Es muy útil M. Cointet y J.-P. Cointet (dirs.), *Dictionnaire historique de la France sous l'Occupation*, Paris, Tallandier, 2000. Lamentablemente, no existen análisis comparados entre el fenómeno colaboracionista francés y el posible colaboracionismo catalán, ni siquiera a nivel de hipótesis de trabajo.

32. Los primeros ejemplos de las críticas catalanas a los burgueses catalanistas (sobre todo, a la gente de la Lliga Catalana), se pueden encontrar en los primeros números de “Destino”, la revista que los falangistas catalanes crearon en Burgos (con la colaboración de ex-regionalistas ilustres): *Moral y economía. Frente a Cambó y a la Lliga...* (1º de mayo de 1937, n. 9); *Cataluña* (29 de mayo de 1937, n. 13); *La Lliga en acción* (19 de junio de 1937, n. 16); G.M. Selva, *Ternura liberal* (9 de julio de 1938, n. 71); D. Victoria [probable pseudónimo de J.M. Ruiz Manent], *Masones, judíos y congresistas* (22 de octubre de 1938, n. 86); etc. Un muestrario amplio y extenso de este tipo de argumentos, que abraza toda la zona franquista, en J. Benet, *L'intent franquista de genocidi cultural contra Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995. Y X.M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

33. S. Nadal, *Los que siempre se llamaron españoles*, en “Destino. Política de Unidad”, 25 de septiembre de 1938, n. 82 y *La burguesía del alma huera*, *ivi*, 28 de octubre de 1939, n. 119. De J.M. Tallada, *Revisión de conductas. La inconsciencia de la burguesía*, “La Vanguardia Española”, 8 de marzo de 1939. Naturalmente, el texto clásico es el de F. Valls Taberner, *La falsa ruta*, *ivi*, 15 de febrero de 1939; reunido, con otros artículos de la época (y alguno escrito en los años Treinta, cuando Valls empezó a dudar de la línea política de su partido, la Lliga Catalana), en el libro *Reafirmación espiritual de España*, Barcelona, Ed. Juventud, 1940.

enfrentadas no son Otto von Bismarck y la Iglesia católica, sino «los que siempre se llamaron españoles» y el mundo catalanista político y cultural en su conjunto. Ejemplos, los encontraríamos. Secciones periodísticas como «Fantasmones rojos», en el periódico falangista “Solidaridad Nacional”, orquestada por un personaje tan siniestro como Miguel Utrillo Vidal<sup>34</sup>, irían en esta dirección. Por ejemplo, el abogado catalanista Rafael Closas Sendra tenía «una mirada extraviada y de loro con gripe» y «ademanes hipócritas», «de una mentalidad pequeña, egoísta, vulgar, tacaña y, sobre todo, tan antiespañola que horrorizaba». En el verano de 1936 se convirtió en la «vedette que daba forma legal, que ponía en claro los decretos que los asesinos y ladrones de la Generalidad, con Tarradellas a la cabeza, se les ocurría publicar, para bien del país». Josep M. Massip, antiguo director del periódico catalanista “La Humanitat”, era un «arribista» y un «canalla». Ramon Peypoch había sido el «administrador y financiero del periódico más pedante y más ruin que jamás vio luz en Barcelona: La Publicitat»; un periódico del que se podría «hacer un gran libro»:

Un libro que, créanlo ustedes, sería la auténtica historia del catalanismo izquierdista por dentro, pues, sin “La Publicitat”, la mayoría de ataques a España y a sus hombres no hubieran tenido lugar. Sin “La Publicitat”, tampoco se hubiera creado en Cataluña la escuela de los advenedizos y de falsos prestigios [...] del partido Acción Catalana, más funesto, quizás, que la mismísima FAI.

Después de este artículo, Miguel Utrillo se lanzó a la yugular de los mejores y mayores representantes del catalanismo cultural — Pompeu Fabra, Carles Riba, Pere Boch Gimpera, Pau Casals — y de sus instituciones de referencia (el Institut d’Estudis Catalans, la Institució de les Lletres Catalanes, etc.)<sup>35</sup>.

Los ataques despiadados y demagógicos de Miguel Utrillo Vidal deben leerse más allá de la literalidad de los insultos y las mentiras que contie-

34. Miguel Utrillo Vidal, periodista, era hijo del pintor y crítico de arte Miquel Utrillo Morlius y hermanastro del pintor francés Maurice Utrillo. Fue uno de los personajes más detestados y siniestros de la posguerra catalana. Hombre amargado y acomplejado, creó la revista “Maricel”, en Sitges, y colaboró en la prensa de Barcelona y en la de Madrid con artículos extraordinariamente violentos contra escritores e intelectuales catalanes, desde Josep Pla a Carles Riba o Pau Casals. Como otros personajes del franquismo catalán y español, Utrillo Vidal ejemplifica perfectamente las debilidades de la memoria democrática en España: a pesar de ser conocido por sus artículos violentos e insultantes, y haber testificado contra intelectuales catalanes sometidos a la Ley de Responsabilidades Políticas, en 1984, el primer ayuntamiento democrático de Sitges le concedió la Ploma d’Or. Al parecer, nadie protestó por este hecho.

35. E. Pérez Vallverdú (ed.), *Fantasmones rojos. La venjança falangista contra Catalunya*, Barcelona, Acontravent, 2009, pp. 171-172; 211 y 213.

nen los artículos. No era solamente un asunto de venganzas personales por parte de un resentido, que aprovechaba las páginas escasas de un diario falangista para cargar contra los principales protagonistas de la cultura catalana anterior a 1939; más delicado, y significativo, era intervenir como testimonio de cargo en un expediente de responsabilidades políticas. El salto era considerable: pasar del insulto público a la acusación política indicaba que Utrillo Vidal estaba dispuesto a llegar al final de la combinación que le ofrecía el franquismo: primero, delatar, denunciar; después, depurar y suplantar; finalmente, instalarse cómodamente en el nuevo sistema político-cultural. Éste fue el caso de su declaración contra Joaquim Folch i Torres, ex-jefe de los museos catalanes, depurado y procesado por haber dirigido los trabajos de salvamento del patrimonio artístico durante las etapas más difíciles de la guerra y la revolución en la retaguardia catalana. Naturalmente, Miguel Utrillo le acusó de ser un «hombre de la horda» y de haberse entregado «completamente en manos de los hombres funestos de la Esquerra», a pesar de ser «de la escuela de la Lliga»<sup>36</sup>.

De la lectura, incómoda e irritante, de la sarta de insultos confeccionada por Miguel Utrillo Vidal, puede entresacarse una cierta imagen de un ajuste de cuentas colectivo — no únicamente personal —, que no solamente afectó al ámbito cultural e intelectual, y que nos remite, siquiera como referencia lejana, a la «guerra de los escritores» de la Francia vencida y ocupada<sup>37</sup>. La venganza política y profesional también se hizo presente en la depuración de profesiones liberales, como por ejemplo el Colegio de Abogados de Barcelona<sup>38</sup>, y en el mundo académico y universitario.

En la Universidad de Barcelona, los delatores y denunciadores de colegas académicos y de docencia lo hicieron por tres motivos básicos: la venganza personal y profesional, el deseo de ocupar las plazas y cargos directivos y de responsabilidad de los depurados y expulsados, y hacerse un nombre y una posición en el nuevo régimen; es decir, culminar su viaje a la colaboración pura y dura con el nuevo poder franquista. Son los casos, por ejemplo, del catedrático de Patología y Clínica quirúrgica José M. Bartrina Tomás, que acusó a los miembros del Patronato de la Universidad, de la etapa republicana y autónoma, de «pertenecer a la masonería»; le siguió el catedrático de Geografía y Geología dinámica, Maximino San Miguel

36. C. Estrada Campmany, *Contra els «hombres de la horda». La depuració franquista dels caps del Patrimoni Històric, Artístic i Científic de la Generalitat republicana*, Barcelona, Ploion, 2008, p. 93.

37. Aunque no llegó a las dimensiones que se dieron en Francia: G. Sapiro, *La guerre des écrivains, 1940-1953*, Paris, Fayard, 1999.

38. A. Monfort i Coll, *La depuració franquista dels advocats de Barcelona (1939-1945). Una aproximació a l'Il·lustre Col·legi d'Advocats de Barcelona de la postguerra*, en «Franquisme & Transició», 2013, n. 1, pp. 127-213.



de la Cámara, quien denunció a la plana mayor de la universidad anterior a 1939: Pere Bosch Gimpera, Josep y Joaquim Xirau Palau, Josep Quero Molares, August Pi i Sunyer, etc. Y la lista de delatores-colaboradores continuaría, en otro episodio ejemplar, con José Vicente Amorós Barra y José Canedo Grillé<sup>39</sup>.

El caso de los hermanos médicos Antoni i Joaquim Trias Pujol fue modelico de esta combinación letal de guerra intra-catalana, venganzas y colaboracionismos. Los dos hermanos padecieron un expediente de responsabilidades políticas conjunto, auspiciado por otro médico, el jefe de Sanidad de las Milicias de FET y de las JONS, Juan Vázquez Sanz, que pretendía la confiscación de la clínica Fargas que los hermanos Trias Pujol regentaban en Barcelona. Entre los testimonios contrarios, destacaron tres miembros de la comunidad médica académica y universitaria y colegas de los inculpados: el doctor Salvador Gil Vernet, catedrático de Urología y con una proyección fulgurante después de 1939, incluyendo una propuesta para que se le concediera el premio Nobel de Medicina; el doctor Manuel Taure, decano de la facultad de Medicina y catedrático de Anatomía, y con una proyección más modesta, pero económicamente muy interesante, al compatibilizar la cátedra con la dirección de los servicios médicos del Ayuntamiento de Barcelona; y Diego Ferrer Fernández de la Riba, catedrático de Histología. Los tres cargaron sin contemplaciones contra los hermanos Trias Pujol, acusándolos de ser «el cerebro de la revolución» de 1936 en la Universidad (Salvador Gil Vernet); haber causado la expulsión de algunos colegas en 1936 (Manuel Taure); o de formar una especie de grupo conspiratorio «con el Instituto de Fisiología», para perseguir a «infinidad de personas de orden y de derechas» (Diego Ferrer Fernández de la Riba) de la facultad de Medicina<sup>40</sup>.

Delación-depuración-suplantación-colaboración: ésta parece ser la secuencia lógica de los primeros años Cuarenta, en todos los ámbitos de la sociedad catalana. Denunciar a un colega abría caminos llenos de expectativas: ganar una cátedra que había quedado forzosamente vacante, acceder a un puesto académico, entrar en la redacción de un periódico, ganarse un sitio en el nuevo mundo cultural y político, etc. Un análisis detalla-

39. J. Claret, *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 274-275. Naturalmente, los personajes citados vivieron, después de 1939, unas brillantes carreras profesionales y académicas, con todo tipo de reconocimientos. Una rápida consulta en la red, en los sitios oficiales de Academias, instituciones científicas, Colegios profesionales, etc., permite comprobar que en ningún lugar se citan estos episodios de delación y colaboración con el franquismo.

40. F. Vilanova i Vila-Abadal, *Repressió política i coacció econòmica. Les responsabilitats polítiques de republicans i conservadors catalans a la postguerra (1939-1942)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999, pp. 166-167.

do de la situación en la Francia ocupada, o en la zona libre, probablemente ofrecería episodios similares y resultados muy parecidos, al menos desde la perspectiva «franco-francesa» que sugiere Stanley Hoffmann.

Había otro elemento que llevaba a un territorio común a los colaboracionistas franceses y sus homólogos catalanes: ambos coincidían en aceptar la situación gubernamental creada — los gobiernos del mariscal Pétain y su revolución nacional; la dictadura del general Franco, acompañado de Falange y su revolución racional-sindicalista — como un período provisional, a la espera de una mejor definición del nuevo panorama europeo, de la mano de la Alemania nazi. Al menos hasta otoño de 1943.

En términos generales podría pensarse que había notables similitudes entre los franquistas catalanes y los colaboracionistas franceses. De hecho, la admiración de la gente del semanario “Destino. Política de Unidad” por l’Action Française, su periódico y otros medios de la derecha francesa — por ejemplo, “Je Suis Partout” — parece reforzar dicha percepción. Las similitudes en los contenidos y las coincidencias ideológicas eran notables. Algo diferente era las relaciones desde la colaboración hacia el poder, franquista en España y *vichyista* en la zona libre o directamente alemán en el territorio ocupado.

En su análisis, el profesor Hoffmann proponía una clasificación del colaboracionismo en cuatro grandes grupos<sup>41</sup>. De ellos, dos pueden interesar para la realidad catalana. El politólogo franco-norteamericano citaba un primer grupo «compris en grand parti du journalistes, qu’il est difficile de classer à gauche ou à droite»; aquí se encontrarían elementos cercanos a Aristide Briand u otros próximos a Action Française, pero que terminaron por encontrar «ce mouvement trop figé [*estancado*], étouffant [*sofocante*] et désuet [*anticuado*]». Entonces, si no procedían de las filas briandistas, es decir, de los partidarios de la «réconciliation franco-allemande», y consideraban Action Française como un grupo anticuado y fuera del tiempo, ¿qué eran, o qué representaban? La respuesta de Hoffmann podría servir para caracterizar, en Barcelona, al grupo del semanario “Destino”, al menos en una aproximación interesante y bastante válida:

Pour ce groupe amorphe, le collaborationnisme impliquait beaucoup moins un engagement idéologique qu’il ne se révélait un affaire exceptionnellement fructueuse. Eux qui estimaient n’avoir pas été suffisamment appréciés sous l’“ancien régime”, voici qu’ils tenaient leur récompense; c’était leur jour de gloire.

Una cierta flexibilidad ideológica — escondiendo su falangismo originario (y no todos los responsables del semanario venían de esta línea, ni

41. S. Hoffmann, *op. cit.*, pp. 50 ss.

muchos de los que se incorporaron después de 1939 comulgaban con los camisas azules) detrás de un sueño monárquico autoritario, derivado de la substitución del dictador y la Falange por el pretendiente borbónico y la nueva/vieja clase política (y cultural) anterior a 1931, que preservaría las cosas positivas del Movimiento —; la auto-reivindicación después de los años de marginación en el sistema cultural y comunicativo catalán. En definitiva, el convencimiento que había llegado su hora, «leur jour de gloire». Muchos de los elementos de este grupo — Ignacio Agustí, Manuel Brunet, Santiago Nadal, etc. — podían sentirse cómodos en este «groupe amorphe»; pero también académicos profundamente reaccionarios y españoles como Guillermo Díaz-Plaja, quien ejercía la crónica cultural y la crítica literaria en la revista, a la vez que era catedrático de Instituto y director del Instituto del Teatro, dependiente de la Diputación provincial.

En este primer grupo también se encontrarían a su aire otros personajes que intervenían en otras plataformas, como “Diario de Barcelona”. Catedráticos como Alberto del Castillo (que ejercía la crítica artística en el periódico) y Pedro Font Puig (un catedrático de Psicología, interesado en filosofías orientales), o críticos literarios como Manuel de Montoliu, compartían buena parte de los rasgos distintivos del colectivo: poco apreciados o marginales antes de 1939, ahora podían ocupar los lugares de primera fila que consideraban les correspondía. Para ello, habían preparado unos discursos plagados de tópicos españoles, reaccionarismo cultural e ideológico y, en definitiva, agradecimiento al nuevo poder.

«Les intellectuels fascistes» de “Je suis Partout” — el segundo grupo colaboracionista caracterizado por Hoffmann — debería tener su correspondencia en el mundo falangista local, compuesto de gentes bastante mediocres de cierta edad, o ya mayores, como Luys Santa Marina, Félix Ros, etc., o jóvenes dispuestos a comerse el mundo a la sombra de su hermano mayor (Fernando Díaz-Plaja) o aprovechando las plataformas oficiales, como las publicaciones del Sindicato Español Universitario (SEU). En los primeros años Cuarenta, los falangistas de Barcelona intentaron levantar un pequeño imperio mediático que pudiera hacerle la competencia al semanario “Destino”, sobre todo, pero también a la otra prensa de la ciudad, muy singularmente “La Vanguardia Española” y “Diario de Barcelona”. Un imperio forjado alrededor del buque insignia que tenía que ser “Solidaridad Nacional”, acompañado del semanario “Azor” y complementado con las revistas del SEU (“Alerta”, “Estilo”, etc.) y las del Frente de Juventudes (“Temple”, “Juventud”...). En el periódico estarían los veteranos y las plumas más relevantes: Luys Santa Marina, Félix Ros, Feliciano Baratech, Miguel Villalonga, José M. Millás Vallicrosa, Martín de Riquer, Rafael Santos Torroella, Guillermo Díaz-Plaja, etc. En las revistas del SEU y del Frente de Juventudes, figurarían los jóvenes ambiciosos, como Juan

Perucho, Manuel Valls Gorina, Néstor Luján, etc., y camaradas más militantes<sup>42</sup>. Sin embargo, ni el grupo disponía de suficientes recursos materiales y humanos — ni lectores —, ni sus elementos podían compararse, en calidad, a los franceses Drieu La Rochelle, Céline, etc.

A partir de 1945, con el fin de la guerra y la derrota alemana, el colaboracionismo catalán, como el mismo sistema franquista, empezó un lento proceso de readaptación. Con cierta agilidad, los colaboracionistas más pragmáticos y realistas (con una notable presencia en los medios) se presentaron como aliadófilos y anticomunistas veteranos, mientras que las opciones más marcadas ideológicamente, como los falangistas, entraron en un declive irreversible. Los acusados de colaboracionismo con la dictadura en Cataluña tuvieron que moverse, cambiar un poco. Se regionalizaron. Es decir, potenciaron los elementos autóctonos catalanes compatibles con el proyecto político-cultural del franquismo que, además de fascista y católico, era ferozmente españolista: por ejemplo, reivindicar la supuesta dimensión hispánica de poetas como Jacint Verdaguer y Joan Maragall y combinarla con talentos culturales nuevos, como los novelistas Carmen Laforet y José M. Gironella. En el campo cultural y literario, se trataba de rescatar los nombres de autores que no fuesen incómodos, ni ideológicamente, ni lingüísticamente. En el ámbito político, se trataría de reivindicar la monarquía, en abstracto, como modelo institucional casi perfecto, a la vez que, de forma tímida, se recordaban los compromisos hispánicos de Francesc Cambó y otros patricios del catalanismo conservador. Sobre estos pilares, los franquistas catalanes — la mayoría, agrupado en el semanario “Destino” y la editorial del mismo nombre — se colocaron, en la segunda mitad de los años Cuarenta, como el grupo político-intelectual de referencia en la Cataluña franquista.

42. La pérdida de fondos documentales (los archivos de la revista “Destino” o del periódico “Solidaridad Nacional” fueron destruidos, más o menos accidentalmente) o la inaccesibilidad de otros, custodiados por familiares y gente de confianza, dificultan enormemente la investigación sobre el falangismo catalán de la posguerra. Aún así, encontramos noticias político-culturales interesantes en textos de muy diferente naturaleza: J. Tébar, *Barcelona, anys blaus. El governador Correa Vèglison: poder i política franquistes (1940-1945)*, Barcelona, Flor del Viento, 2011; C. Geli y J.M. Huertas, *Les tres vides de Destino*, Barcelona, Diputació-Col·legi de Periodistes, s.a. [1996]; J. Fabre, *Periodistes uniformats. Diaris barcelonins dels anys 40: la represa i la repressió*, Barcelona, Diputació-Col·legi de Periodistes, s.a. [1999]; F. Farreras, *Gosar no mentir. Memòries*, Barcelona, Eds. 62, 1994; J. Perucho, *Els jardins de la melancolia*, Barcelona, Eds. 62, 1992; N. Luján, *El túnel dels anys 40. Memòria personal*, Barcelona, La Campana, 1995.

3.

En el caso catalán, y este era un punto central en las reflexiones de los medios exiliados y entre las filas de la clandestinidad, la cuestión del colaboracionismo indígena con la dictadura tenía otra dimensión singular: la renuncia a la lengua propia como herramienta de trabajo, de comunicación, de cultura, significaba el abandono, la mayoría de las veces voluntario, de la tradición cultural, literaria, política, en la que se habían formado buena parte de estos colaboracionistas. Dicho de otra manera — y, probablemente, esta era la idea central del comentario de Just Cabot a Carlos Sentís —, los colaboracionistas franceses habían sido cómplices de los ocupantes alemanes sin tener que renunciar a su lengua y a sus referentes culturales, literarios, etc. — siempre que estos referentes culturales estuviesen en consonancia con los principios ideológicos de Vichy y la revolución nacional, o no colisionasen con los intereses alemanes, naturalmente. Los considerados «nuestros traidores» catalanes no solamente habían capitulado, en términos políticos e ideológicos; también lo habían hecho en lo que era la columna vertebral del país: la lengua y la cultura — literaria, histórica, académica, periodística, etc. — expresada en esta lengua. Habían abandonado el proyecto y traicionado al país en su conjunto, el país cultural, político, académico, que había sido hegemónico hasta la guerra<sup>43</sup>.

Además de la suplantación pura y dura — o la liquidación, por la vía de la depuración, el exilio, la prisión, la muerte — y de la colaboración indiscutible — en los términos expresados por Just Cabot a Carlos Sentís —, existía una zona gris que obligaba a preguntarse qué lugar ocupaban escritores como Josep Pla, Josep M. de Sagarra o Carles Soldevila — eran los nombres principales que se citaban el economista Ferran Cuito y el ex-ministro, ex-gobernador del Banco de España e intelectual señero en la Cataluña republicana, Lluís Nicolau d'Olwer — en este panorama. Ninguno de

43. M. Josepa Gallofré i Virgili, *op. cit.*, pp. 106-107: «El panorama cultural, amb el control absolut de tots els mitjans de comunicació, i amb el sistema educatiu severament purgat i dirigit, quedava dominat per un desig de revenja desfermat que tenia com a punt inalienable el càstig exemplar sobre una província secessionista. Perquè, en efecte, Catalunya fou tractada com a tal, i no pas com un país vençut. És a dir, un país vençut, amb tot el seu patrimoni cultural, podia haver estat tractat amb duresa i amb brutalitat, però, en qual-sevol cas, sempre s'hauria comptat amb els seus valors assimilables, tot rebutjant els dels enemics. Així succeí, per exemple, amb l'ocupació de França pels nazis, que propiciaren una literatura de la desfeta i de la col·laboració i partiren dels recursos del país per mirar d'imposar els valors propis i convèncer la societat francesa — en la seva llengua i a través de les seves plataformes — dels errors en què havia viscut i de la bondat de les idees de l'Alemanya puixant. Per contra, a Catalunya, província rebel, no hi pogué haver altra literatura de la desfeta que la produïda en castellà i la dels col·laboracionistes hagué de seguir també aquesta via».

ellos se había vestido de falangista en 1939, ni había aceptado cargos oficiales o públicos de parte del nuevo poder, pero habían aceptado escribir en castellano, con resultados no muy brillantes, en opinión de Lluís Nicolau. Y, como haría años más tarde Just Cabot ante Sentís, Nicolau se planteaba la misma pregunta: «Anar allà i fer una feina anònima per a defensar-se la vida és digne de tots els respectes; ajupir-se a l'imposició, “à quoi bon”?», profit escàs i glòria nul·la»<sup>44</sup>. Y, cuando era necesario, Nicolau dejaba de lado los matices y se expresaba de una forma tan dura y taxativa como los redactores clandestinos de los boletines del Front Nacional de Catalunya o del Front Universitari. Escribir que «el fet deplorable és que en conjunt els nostres escriptors no han sabut guardar la dignitat del silenci i que han desertat no per convenciment, que sempre seria respectable, sinó ajupint-se al crit de comanament d'un sorge...»<sup>45</sup> era una manera muy directa de señalar la extensión y gravedad del fenómeno colaboracionista entre buena parte de los escritores catalanes que, antes de 1939, se expresaron en la lengua del país sin ningún tipo de duda. Nicolau coincidía con la oposición antifranquista del interior, que había extendido este fenómeno a políticos, financieros, empresarios, profesionales liberales, etc., y que afirmaba, sin ningún asomo de duda, que existía una colaboración *à la française*, nacida antes, en 1939, pero modulada a partir del ejemplo francés. En pocas palabras, la gente del Front Nacional lo expresaba de otra manera: «són col·laboracionistes tots els que d'una manera o altra ajuden a consolidar o allargar la durada del règim opressor»<sup>46</sup>.

Sin embargo, era necesario introducir algunos matices a un asunto que se metía de lleno en lo que podríamos llamar la zona gris de la sociedad catalana de los primeros años de posguerra. Como en Francia, en Cataluña había que dibujar con más precisión los diferentes campos de la colaboración. En el ámbito político era evidente que no había margen para matices: a Tomás Carreras Artau, para citar a alguien de reconocida trayectoria catalanista antes de la guerra, teniente de alcalde en el primer ayuntamiento franquista de Barcelona, nadie le obligó a asumir este cargo público con todas las servidumbres que acarreaba. En este sentido, la acusación era clara y precisa: en el campo político, de la administración pública y los cargos de responsabilidad, nadie podía dudar acerca de su identidad colaboracionista. Cuando, en 1945, el exiliado Claudi Ametlla redactó la crónica del relevo en la alcaldía de Barcelona, definía esta colaboración política

44. Carta de Ll. Nicolau d'Olwer a F. Cuito, Vichy, 16 de abril de 1943, cit. en Ll. Nicolau d'Olwer y F. Cuito, *Epistolari de l'exili francès*, edición a cargo de E. Duran y M. Campabadal, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat-Curial, 2003, p. 104.

45. Carta de Ll. Nicolau a F. Cuito, París, 5 de julio de 1943, cit. *ivi*, pp. 117-118.

46. *Col·laboracionisme*, en “Per Catalunya”, 15 de agosto de 1945, n. 9.

catalana en términos de «servilismo» y «sumisión» de los concejales barceloneses — la mayoría de origen catalán — al gobernador civil, Antonio Correa Véglison, «nou virrei» a Barcelona<sup>47</sup>. Por este lado, las cosas estaban bastante claras y nadie, ni siquiera los franquistas, lo podían discutir.

La auténtica zona gris del colaboracionismo catalán estaba en el mundo académico, cultural y periodístico. Y en este territorio complejo, además se debían tener en cuenta diferentes niveles de implicación y compromiso. No se podía juzgar de la misma manera el trabajo de un Agustí Duran i Sanpere al frente del Institut Municipal d'Història de Barcelona<sup>48</sup>, que la implicación a fondo y con todas sus consecuencias, de académicos como Ferran Valls Taberner y Guillermo Díaz-Plaja en la aventura suplantadora y españolista del Instituto Español de Estudios Mediterráneos<sup>49</sup>. Naturalmente, y la gente del Front Universitari de Catalunya fue la primera en señalarlo, entraba de lleno en el colaboracionismo más ejemplar y paradigmático el grupo del semanario “Destino. Política de Unidad”, una publicación privatizada en el verano de 1939, cuando Ignacio Agustí y Josep Vergés lo adquirieron, a cambio de condonar una deuda de 50.000 pesetas del aparato falangista provincial. Pero, a diferencia de los grandes catedráticos franquistas de la Universidad de Barcelona — desde el rector, Francisco Gómez del Campillo, hasta históricas mediocridades como Eduardo Pérez Agudo, José M. Castro Calvo, pasando por veteranos «primorrriveristas» como Eusebio Díaz y Gonzalo del Castillo —<sup>50</sup>, que era un grupo de un perfil franquista incuestionable, el grupo de Vergés y Agustí — con Josep Pla como figura central — presentaba un perfil más problemático y polémico: nacido en el mundo falangista de Burgos, pasado a manos privadas

47. C. A. [Cl. Ametlla], *L'alcaldia de Barcelona*, en “Quaderns d'Estudis Polítics, Econòmics i Socials” (Perpiñán), mayo de 1945, n. 5.

48. E. Pérez Vallverdú, *La política cultural municipal de l'etapa de l'alcalde Miguel Mateu i Pla (1939-1945). Aspectes generals*, Barcelona, Fundació Carles Pi i Sunyer, 2010.

49. O. Gassol i Bellet, *De la utopia mediterrània a la realitat provincial. El projecte cultural de la Diputació de Barcelona durant el primer franquisme*, Barcelona, Fundació Carles Pi i Sunyer, 2011.

50. Entre los diferentes textos que retratan este mundo oscuro, mediocre, de un franquismo servil y un mínimo nivel académico — e, incluso, moral —, véase J. C. i A. [J. Camps i Arboix], *El centenari de Verdguer a Barcelona*, en “Quaderns d'Estudis Polítics, Econòmics i Socials”, març de 1945, n. 3; Id., *Notes de juny*, en “Orientacions”, junio de 1945, n. 7; J.M. Bellido, *La Universitat autònoma de Barcelona i el règim franquista*, en “Quaderns d'Estudis Polítics, Econòmics i Socials”, septiembre de 1945, n. 9. También deben tenerse en cuenta algunos textos memorialísticos fundamentales para conocer la universidad barcelonesa de estos años. Por ejemplo: J. Triadú, *Dies de memòria, 1938-1940. Diari d'un mestre adolescent*, Barcelona, Pòrtic, 2001; Ll. Gomis, *De memòria. Autobiografia (1924-1994)*, Barcelona, Eds. 62, 1996; M.A. Capmany, *Pedra de toc/2*, Barcelona, Nova Terra, 1974.

en 1939, en el final de la guerra mundial comentaban sus dueños y colaboradores, siempre de forma discreta y en círculos reducidos, que ellos hacían «catalanisme» i «liberalisme» entre líneas, sorteando la censura y las presiones del poder franquista. ¡E incluso Josep Vergés afirmaba que lo hacían desde 1943<sup>51</sup>! La escritora M. Aurèlia Capmany explicaba muy bien este fenómeno de la escritura «entre líneas» y no lo limitaba al semanario. Sus explicaciones servían para el conjunto de lo que podríamos denominar sistema periodístico-comunicativo de aquellos años:

Pel que fa a mi puc dir que “Destino” i *tutti quanti* era més aviat una llosa sobre el pit i em calia, per respirar, endevinar el sentit que hi havia entre línies, o fer analogies, o suposar que tot en aquest món té una relació de causa i efecte. Quin tip de donar voltes a les afirmacions, als interrogants, quin tip d’omplir uns suposats punts suspensius. La realitat es tornava dúctil i fins amorfa i als escrits se’ls feia dir més del que deien. Deien molt poc, és cert, però el temps del verb podia resultar xop d’esperança. Hi havia una colla de valors que havien estat presents, immediats i ja no ho eren. Eren història, ja. I els conspicus articulistes en parlaven amb una objectivitat, fins i tot amb una certa distància, com si es tractés d’una història tancada, resolta<sup>52</sup>.

Unos escribían entre líneas, al menos supuestamente. Otros accedieron a la universidad con el argumento que había que hacer algo desde dentro; que al franquismo no se le ganaría con el enfrentamiento perpetuo, desesperado y desigual desde la clandestinidad o el exilio. Aquí se abrió otro territorio lleno de ambigüedades, sobreentendidos, silencios discretos, etc. ¿Cómo iban a juzgar sus antiguos maestros y colegas, ahora exiliados o depurados, las nuevas trayectorias de discípulos como Martín de Riquer, Josep M. Pi i Sunyer, etc., incorporados y consolidados en la universidad de aquellos años? Por no hablar de Jaume Vicens Vives, que estaba dispuesto a jugar todas las cartas con tal de volver a la academia<sup>53</sup>. Probablemente,

51. J. Vergés (ed.), *Imatge Josep Pla*, Barcelona, OC 45, 1984, pp. 36-37.

52. M.A. Capmany, *op. cit.*, pp. 62-63. Alguien que firmaba con el pseudónimo Taurus, ya había hecho notar este fenómeno de las «frases de doble sentit», que utilizaría habitualmente el «col-laboracionista vergonyant», a inicios de 1945: *El col-laboracionisme i la nostra cultura*, en “Orientacions”, marzo de 1945, n. 3.

53. En estos últimos años han aparecido notables trabajos que permiten disponer de una visión de conjunto de un asunto tan complejo como éste: la presencia de elementos calificados, formados y proyectados en el mundo del catalanismo cultural, político, académico anterior a 1939, en la primera universidad franquista catalana. Véase: J. Claret, *La represió franquista a la Universitat catalana*, Vic, Eumo, 2003; J. Casassas Ymbert, F. Gracia Alonso y J.M. Fullola Pericot (coords.), *La Universitat de Barcelona: Libertas perfundet omnia luce (1450)*, Barcelona, UB, 2008; F. Gracia, J.M. Fullola y F. Vilanova, *58 anys i 7 dies. Correspondència de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot (1919-1974)*, Barcelona,



la respuesta no se podría limitar a una acusación, más o menos severa, de colaboracionismo ideológico y académico. También había un sentimiento de ruptura moral, de rotura de lazos de amistad, familiares, entre colegas. Pensando, precisamente, en su primo Josep M., que había conseguido una cátedra de Derecho Administrativo en 1940, el doctor Santiago Pi i Sunyer expresaba su incomodidad desde su exilio boliviano, en Cochabamba:

La prova ha estat per a nosaltres molt dura i en certs moments, fins perillosa, però si les coses van com esperem, en podrem sortir amb plena integritat moral sense haver-nos hagut d'ajupir a forces coactives o recórrer a mimetismes indignes. Hem viscut uns i altres en dos mons diferents: nosaltres triàrem el de la línia recta sense compromisos i claudicacions. Altres no tingueren aquesta força moral. Lo pitjor és que si ens tornem a reunir, fem lo que fem, la unitat moral de la família ja s'ha trencat. En petit, el nostre és el problema de l'Europa de demà i la nostra presència i el nostre exemple no faran més que enfortir aquesta línia irreductible de separació...<sup>54</sup>.

Dos años más tarde, su hermano August haría un comentario semejante:

Fins i tot suposant que dignament es pugués tornar a casa, quedaran greus problemes. Morals, primordialment, i materials, també. Han estat tan grans els estralls que els anys de falangisme ha fet en l'esperit dels nostres compatricis, que serà difícil i desagradable la convivència amb la gent que s'ha quedat els anys passats a Catalunya...<sup>55</sup>.

Con la guerra mundial todavía en su desarrollo, en 1943, Carles Pi i Sunyer ya había señalado este fenómeno de ruptura entre los exiliados y la gente del interior, sobre todo en los grupos sociales, culturales, profesionales, de donde él y sus hermanos procedían: «...la evolución de la manera de pensar y de sentir entre los que están allí y los que estamos fuera durante estos años habrá seguido caminos si no divergentes, no exactamente paralelos, que marcarán profundas diferencias...»<sup>56</sup>. Y en una extensa carta a sus sobrinos, instalados en México, se expresaba con más concreción acerca de la ruptura entre la gente del interior y los exiliados, y los ejemplos que daba impresionaban por la familiaridad, la proximidad afectiva que mostraban:

UB, 2002; C. Gatell y G. Soler, *Marí de Riquer...*, cit.; Id., *Amb el corrent de proa. Les vides polítiques de Jaume Vicens Vives*, Barcelona, Quaderns Crema, 2012.

54. ACPiS-FCPiS, carta de Santiago a Carles Pi i Sunyer, Cochabamba, 27 de marzo de 1945.

55. ACPiS-FCPiS, carta de August a Carles Pi i Sunyer, Caracas, 6 de abril de 1947.

56. ACPiS-FCPiS, carta de Carles Pi i Sunyer a Maria Suñer, Londres, 12 de mayo de 1943.

L'exili haurà fet mal a molta gent, però haurà fet bé a altres. Sobretot si es compara amb la mateixa evolució que s'hauria pogut tenir en circumstàncies actuals a Catalunya. No cometré la tonteria de dir que l'exili és recomanable per l'educació; però sí estic convençut que entre l'atmosfera enrarida i ambient vergonyant de les nostres terres en aquesta hora, o l'aire lliure de qualsevol racó de món, és millor aquest que l'altre. D'allà vénen poques notícies, i les poques, grises, deixatades, aigualides. Avui per avui no fa cap goig ni cap il·lusió pensar-hi. Ja sé que tot tornarà a vibrar; però quin descens de to espiritual i moral! Que difícil serà tornar a infondre a un gran nombre de gent que ja han passat del límit d'elasticitat i aptitud reaccional, la sana frescor dels ideals generosos i inèdits! En conjunt, les lletres que arriben d'allà donen sempre una impressió de tristesa i descoratjament. Amb el canvi que ha donat el curs de les coses deu haver-hi un confusionisme terrible. [...] L'Eugènia Creixells — amiga de la Núria — li escriu que ha tingut tantes i tantes decepcions amb les amigues. Altres amigues seves del Blanquerna — les Dexeus, les Tries, etc. — surten gairebé a cada “Vanguardia” a les notes de societat. La Pilar Costa — amiga de la Lina — li diu que s'ha barallat amb tots els cunyats que són insufribles. [...] En Janés i Oliver, que fa uns mesos ens va enviar un paquet de llibres editats per ell [...] és ara una potència editorial; [...] es veu que va situant-se, però no sembla que s'hagi esllavissat [*deslizado*] gaire. En Vicens va publicar un llibre sobre geopolítica més o menys imperial, que em feia més que por, però quan l'he vist l'he trobat més inocu del que creia i cal reconèixer que fa força propaganda catalana. Aprofita bona part del material que jo li havia pagat a Cultura per a la nostra geopolítica<sup>57</sup>.

Efectivamente, había personajes que se habían «deslizado» por la pendiente de la colaboración con los enemigos de Cataluña; gente que, proveniente de los campos cultural y político del catalanismo, se habían situado en las filas franquistas. Sin embargo, este tránsito hacia el franquismo no les garantizaba un papel importante o protagonista en la nueva situación. Por ejemplo, cuando el jurista exiliado Joaquim Camps i Arboix denunció la manipulación franquista del centenario del nacimiento del poeta Jacint Verdaguer<sup>58</sup>, dio los nombres de tres catalanes «deslizados»: Martín de Riquer, Tomás Carreras Artau y Luis de Caralt. Pero, añadía Camps i Arboix, eran tres «tristes comparses» de las jerarquías falangistas, que solamente habían conseguido un sitio marginal en las fiestas conmemorativas.

Joaquim Camps i Arboix citaba tres nombres, aunque podría haber mencionado muchos más para acontecimientos similares. Una vez identificados los protagonistas, el siguiente paso era situarlos en el universo del colaboracionismo, a partir de la categorización — una entre muchas que se presentaron en aquella coyuntura histórica — que, por ejemplo, plantearon los responsables clandestinos de la revista “Orientacions”:

57. ACPiS-FCPiS, carta de Carles Pi i Sunyer a Cèsar y Trini Pi-Sunyer, Londres, 5 de setembre de 1943.

58. J. C. i A. [J. Camps i Arboix], *El centenari de Verdaguer...*, cit.

N'hi haurà de tres menes [de col·laboracionistes]: els que hagin fet el tomb amb més o menys sinceritat, que serien els menys responsables si el dia de demà demostrassin aquesta sinceritat no volent tornar a fer un altre tomb i es quedarien voluntàriament de racó; els que l'han fet per covardia i per feblesa, però procurant no fer mal; i els que s'han aprofitat, no sols en benefici propi, sinó expressament en perjudici d'altri<sup>59</sup>.

Las trayectorias diferentes, las posiciones de partida heterogéneas, las justificaciones y explicaciones vinculadas a las circunstancias personales, dificultaban una catalogación rígida. Sí que había, en un territorio compartido por los antifranquistas del interior y del exilio, una condena general y unos nombres que se repetían incesantemente, en Barcelona, en París, en México o en Santiago de Chile...: Josep Pla, Ignacio Agustí, Manuel Brunet, Joan Teixidor y todo el grupo del semanario "Destino"; los nuevos académicos, como Martín de Riquer, Josep M. Pi i Sunyer, Ferran Valls Taberner, etc.; los traidores más veteranos y con un historial más extenso, como Joan Estelrich y Eugenio d'Ors; los académicos con cargos políticos o públicos, como Tomás Carreras Artau, Felipe Mateu Llopis (catedrático y director de la Biblioteca de Catalunya, rebautizada como Biblioteca Central); y la lista podía continuar. Pero, a partir de aquí entraban los matices de los observadores críticos y la habilidad de los propios acusados de colaboracionismo. Un ejemplo muy claro era Guillermo Díaz-Plaja, «escritor avesat a nedar entre dues aigües i a veure venir», que, en una maniobra bastante hábil para su prestigio personal y profesional, había conseguido publicar una antología de narradores catalanes con los textos traducidos al castellano<sup>60</sup>. ¿Podía servir como ejemplo de esta zona gris, poblada por gente de la alta cultura que, en los años Treinta se había incorporado al ancho mundo del catalanismo cultural y que, a partir de 1936, lo abandona — por razones ideológicas, religiosas, etc. — para instalarse cómodamente, definitivamente, en las estructuras político-culturales del franquismo en Cataluña a partir de 1939? Como escribía el doctor Joaquim Molas, Guillermo Díaz-Plaja, y otros como él, a partir de 1939 «van intentar de construir una idea de Catalunya que fos, alhora, 'vendible' a la nova Espanya i mínimament arrelada a la propia tradició, tot i que, pel camí, van haver de renunciar a alguns aspectes essencials, com la llengua...»<sup>61</sup>.

59. Sagitari, *El problema del col·laboracionisme*, en "Orientacions", abril de 1945, n. 4-5.

60. *La cultura*, en "Germanor" (Santiago de Chile), julio de 1945, n. 497.

61. J. Molas, *Pròleg*, en M.J. Gallofré i Virgili, *op. cit.*, p. VII. Que Guillermo Díaz-Plaja gozaba de un notable prestigio — en parte ganado antes de 1936 y en catalán — en aquellos primeros años Cuarenta, lo confirma Francesc Casares, que fue alumno suyo en el Instituto: «Alguns de nosaltres sabíem que Díaz Plaja havia destacat ja abans de la guerra fent de professor a la Universitat Autònoma, publicant llibres i escrivint articles en català

Estos eran los elementos que centraban la indignación de los antifranquistas. El resto — un Luys Santa Marina, un Manuel Vela Jiménez, un Miguel Villalonga, un Miguel Utrillo Vidal, un Félix Ros, un Benítez de Castro, para entendernos — nunca habían tenido peso ni relieve en el panorama intelectual catalán anterior a la guerra y, después de los efímeros momentos de gloria de los primerísimos años de posguerra, continuaron siendo un exponente marginal, residual, aunque escritores y periodistas de décadas posteriores les hayan buscado las gracias literarias y unos valores culturales, periodísticos, etc. que nunca poseyeron<sup>62</sup>. El punto central de interés, para los antifranquistas, residía en «nuestros traidores» o los que habían sido de los «nuestros» hasta el verano de 1936. En el exilio y la clandestinidad, la pregunta tenía una respuesta clara y rotunda: existía un colaboracionismo catalán, hecho de renunciaciones y traiciones ideológicas y lingüísticas, y estaba allí, expuesto a la luz, para ser denunciado y, a poder ser, depurado.

a la revista *Mirador* que havia tingut gran prestigi. Les circumstàncies de la guerra — no sé exactament quines — el van portar a situar-se entre el bàndol dels vencedors. A partir d'aleshores es va convertir quasi en allò que molts anys més tard es va anomenar respecte dels règims comunistes, un “intel·lectual orgànic”. Es va aproximar — sempre en llengua castellana, i no hauria pogut ser altrament — al grup dels intel·lectuals de la revista “Destino” quan encara portava per lema “Política de Unidad”. Diaz Plaja s’omplia la boca de noms com Ramón de Basterra, Menéndez Pidal o Ángel Ganivet, etc., com a fars per orientar-se. Se’l notava eufòric quan explicava les grans figures de la literatura del Segle d’Or espanyol i no recordo que hagués dedicat mai cap classe a explicar absolutament res de literatura catalana. En tot cas, es remetia a la lletra petita dels seus llibres, on tot just s’esmentaven els clàssics Verdager i Maragall. El que és ell, s’havia acomiadat del tot de la llengua catalana» (F. Casares, *Memòries d’un advocat laboralista, 1927-1958*, Barcelona, La Campana, 2006, pp. 326-327).

62. Véanse, por ejemplo, los benévulos e inquietantes recuerdos de Juan Perucho, en relación al mundo cultural falangista en que participó y su conocimiento y valoración de Luys Santa Marina (*Els jardins de la melancolia...*, cit., pp. 80 y ss.); o las simpatías y comprensiones que manifiesta el periodista local barcelonés Sergio Vila Sanjuán, por la vida cómoda de los vencedores de la guerra — en un magnífico eufemismo debido a la pluma de este cronista local: «los aficionados a la cultura no disconformes con el franquismo» —, personificados en L. Monreal Tejada: *Tertulias, cenas y conciertos: un diario cultural de posguerra*, “La Vanguardia”, 7 de junio de 2002.